

## LA LIBRERÍA

No me acordé del mapa hasta el último momento. Durante toda la tarde había estado muy ocupado, llenando las maletas y comprobando, con la lista en la mano, que nada me faltaba. Cuando al fin creía tenerlo todo a punto y me disponía a darme una ducha, caí en la cuenta de mi olvido. Me vestí rápidamente y corrí hacia la calle, sin saber a ciencia cierta dónde podría encontrarlo. Bajando las escaleras de la casa recordé que unos años atrás había visitado una librería especializada en viajes. Allí quizás lo tuvieran. Eran casi las nueve de la noche, pero como no quedaba demasiado lejos confiaba en hallarla todavía abierta.

La noche se presentaba oscura y lluviosa.

Los faros de los automóviles arrancaban reflejos a las aceras húmedas, y bajo los paraguas la gente se afanaba de acá para allá ultimando sus compras del viernes. Hacía frío. El otoño se dejaba sentir prematuramente. Me pregunté, con cierta ansiedad, si estaría preparado para una prolongada estancia en la sierra.

Y es que tras un verano lleno de dudas y temores, me había decidido a marchar una temporada fuera de la ciudad. Tenía suficiente dinero ahorrado, por lo que no veía ningún inconveniente a la idea de tomarme unas largas vacaciones. Tras poner fin a una difícil relación con una compañera de trabajo, me encontraba sin pareja; y aunque no puedo negar que tengo algunos amigos, estaba seguro de que no echaría mucho de menos a ninguno.

Cuando llegué a la librería aún no habían cerrado. A través de los cristales empañados del escaparate pude comprobar que todavía quedaban algunos clientes rezagados. Plegué el paraguas y me apresuré a entrar antes de que algún dependiente me lo impidiera. La tienda apenas había cambiado desde la última vez que la visitara. Observé que el enorme mapamundi descolorido, que tanto me llamara la atención la primera vez, continuaba en el mismo lugar. Los globos

terráqueos polvorientos, las máscaras extravagantes y los grabados de remotas ciudades seguían también allí, alternando con las viejas estanterías cargadas de libros, guías y planos de los más alejados confines del planeta. Ante mis requerimientos, una vendedora poco simpática, que seguramente desaprobaba a los clientes de última hora, fue a buscarme de mala gana el mapa.

Luego, haciendo cola para pagar, me preguntaba si todas aquellas personas que me rodeaban pensarían viajar realmente. Quizás tan solo se limitaban a satisfacer sus fantasías comprando libros de lugares que nunca visitarían. Una chica rubia y gruesa que iba delante mía, vestida con un largo gabán y un gran paraguas colgado del brazo, ojeaba una guía sobre la India. Se me hacía difícil imaginármela en aquellas lejanas latitudes. Por contra, a mis espaldas, dos muchachos extranjeros de tez morena consultaban un gran mapa que -según cuchicheaban afectadamente entre ellos- no podía sino pertenecer a un perdido y misterioso rincón de África. Pero, ¿no sería simplemente un mapa de la provincia? En comparación con aquellas compras, al parecer tan exóticas, mi sencillo mapa cartográfico de una región apenas alejada de la

capital resultaba algo vulgar.

Cuando me llegó el turno, pagué la pequeña suma de su importe y salí de la tienda apretándolo contra el pecho para que no se me mojara con la lluvia.

## LA AGENCIA

**L**a semana anterior había visitado una agencia inmobiliaria, donde me enseñaron varios álbumes con fotografías de casas rurales, todas exageradamente lujosas. Su elevado precio de alquiler las ponía fuera de mi alcance, al menos para una temporada tan larga como la que yo pretendía habitarlas. Muchas de ellas, además, no me parecía que estuvieran lo suficientemente aisladas y solitarias. Este último reparo no dejó de producir una cierta sorpresa a los empleados de la agencia. La señorita que me atendía, una atractiva mujer de mediana edad, no podía disimular una sonrisa cuando escuchaba mis razones. Seguramente sospechaba que tanto retiro no podía tener otro propósito que ocultar una

relación clandestina. Finalmente, como no encontraban nada que se adecuase a mis deseos, ella y su jefe acordaron contactar con un agente que tenían en un pueblo de la sierra. Si aparecía algo que mereciera la pena y cumpliera los requisitos que yo exigía, se pondrían en contacto conmigo.

No tuve que esperar demasiado, pues al día siguiente por la tarde recibí una llamada para que me acercara a la agencia. Allí me informaron que habían encontrado una casa aislada que podía convenirme. El precio no era muy elevado, pero debía comprender que no resultaría tan confortable como las otras. A cambio de aislamiento y buen precio debería hacer algunos sacrificios. No tenían ninguna foto para enseñarme, pero el agente les había asegurado que estaba habitable. La casa se levantaba en lo más profundo de la sierra, a no menos de veinte kilómetros del pueblo más próximo. La mitad de dicha distancia era preciso recorrerla a través de un carril sin asfaltar.

-No podemos darle más detalles. Sería conveniente que la visitara antes de firmar el contrato -me dijo la misma empleada del día anterior.

Como el lugar no estaba a menos de tres horas de viaje y no tenía ganas de dilatar más el

asunto, le comunicué que me fiaba de su agente y que firmaría esa misma tarde el contrato. Bastante sorprendida, la empleada se dispuso a confeccionar el escrito, y al poco rato lo firmaba y extendía un cheque por el importe de la fianza y los dos primeros meses de alquiler.

-Normalmente visitamos a nuestros clientes durante la primera semana para saber si están bien instalados -me informó la empleada sonriendo-. Pero en su caso no puedo prometerle una visita...

El resto de los empleados rió cortésmente lo que parecía una broma. Me levanté para marcharme.

-Espere un momento, por favor -me advirtió el jefe-. Supongo que tendrá coche, ¿no? Le resultará imprescindible para aprovisionarse en el pueblo. También debería llevar consigo un teléfono móvil para cualquier posible imprevisto. ¿Acaso no lo tiene? Todos nuestros clientes disfrutan de un seguro gratuito que cubre un montón de eventualidades, pero es necesario que estén localizables. Cuando lo tenga deberá llamarnos para darnos el número...

Salí a la calle. En la mano llevaba, aparte del recibo, copia del contrato y un papel con el nombre y la dirección del agente. Él se encarga-

ría de acompañarme hasta la casa y de facilitarme cualquier información o ayuda que necesitase. En el semáforo miré hacia atrás. Dentro de la agencia parecían estar todos de muy buen humor. El jefe decía algo gracioso a sus empleados, y éstos reían a mandíbula batiente. Crucé la calle y me dirigí hacia mi casa.